

El Último Domingo

Dana Hart

El Último Domingo

A 50 Años; 2023

Responsables: Dana Hart

El problema con el pasado, es que siempre encuentra tiempo para regresar.

A menudo, volvemos a las calles, en las que caminamos durante nuestra adolescencia. Regresamos a las personas que nos hicieron sentir tristes o extremadamente felices. Usamos nuestros recuerdos como un puente, para conservar los retazos, las hojas caídas del árbol de nuestra vida.

Patricio Rojas usaba sus recuerdos para caminar. Para abrir los ojos. Salir de la cama. Y saltar hacia otro día, lleno del espanto del ayer.

Tenía veintiocho años cuando empezó a trabajar en Fensa. Era la primera vez que tenía un contrato de trabajo estable, con la seguridad del monto que iba a cobrar a fin de mes, sin tener que andar de puerta en puerta, buscando algún arreglo para hacer, alguna “changuita”.

Le pareció sorprendente el asunto de los mecanismos. ¿Cómo es que una cocina enciende? ¿Cómo es que la chispa de allá, se convierte en el calor sostenido de acá? Conectores. Mangueras. Repuestos. Se hizo experto en cada parte. Le costaba recordar de memoria los nombres oficiales, pero hacía su mayor esfuerzo.

Llegaba siempre temprano. Nunca después de que sonara la sirena. Tenía esa manía. Se había arrendado, para él solo, una casita de dos pisos, pintada de colores, a unas pocas cuadras de la fábrica. Esas típicas casas del sector Cerrillos, que muy probablemente albergaran a otras personas que laboraban en el cordón.

No era muy de hacer sociales, ni tribuno de los amigos. Pasaba su tiempo del trabajo a la casa, y de la casa al trabajo, como decían que estaba bien, como se suponía que había que hacer.

Mucha gente le decía “Pato”, o “don Pato”, pese a que era bastante joven. No le gustaba leer, ni era demasiado apasionado por el ocio. Odiaba los domingos. Ese día

deprimente en el que hay que sentarse a comer, dormir la siesta, y despertar y prepararse para el eterno lunes. Los domingos le recordaban el abandono de su padre, que se fue para no volver, un domingo a las siete de la tarde, la hora en la que se apagan las ventanas. Lloró tanto, pero sin decírselo a nadie. No vaya a ser cosa que le descubrieran “lo poco hombre”. Porque los hombres no lloran, decía su padre.

Le quedaron, una buena suma de recuerdos. Sus manos sobre la llaves de la camioneta, o cuando abría el capot del auto para arreglar alguna cosa. La grasa en sus manos. El lápiz que se colocaba tras la oreja, en una imagen medio borrosa. El cigarro colgado de la boca para actividad cualquiera, incluso el almuerzo, caminar o abrir la alacena.

Recordaba su voz, gruesa, y la sensación en el pecho de quererle, de respetarle, de querer ser como él.

Nunca hablaba de su padre. Se lo había prohibido como tema. Podía hablar de aves, países, planetas, plantas, guerras, y hasta de política, pero jamás de su padre. Nadie lo conoció en la escuela, no fue a ninguna reunión, no se sentó en los bingos para tratar de ganar un juego de sábanas.

Y eso se le metió en los huesos, como una melancolía que se mezcla con el calcio y se solidifica para siempre.

Su padre tampoco estuvo ahí cuando lo molestaban en la escuela, por las manchas del vitiligo en su rostro. Sin importar, qué tan normal eso sea, qué tan parte de la variación humana, dos o tres compañeros de la escuela, se la pasaban molestándole.

Eso fue hiriendo su auto-estima. Haciéndole saber cuál era su lugar en el mundo. Miraba las revistas de moda, en los consultorios de los dentistas a los que asistía obligado por su madre, y un sentimiento amargo adentro de él, le hacía saber que había otro mundo al cual difícilmente podría pertenecer.

La estaca se clava temprano. En la información que viene de afuera. En los comentarios de quienes queremos

y de quienes no queremos tanto. Llega.

Había adornado su casa con muebles que compró en el Bio-Bio, hechos a mano, de madera. Tenía una olla, una sartén y dos platos. Calentaba la comida que se preparaba en una cocinilla, que se instalaba justo al lado de un tubo de gas de tamaño mediano. No tenía una cocina Fensa, paradójicamente.

A decir verdad, no mucha gente la tenía.

Comprarse una cocina Fensa significaba una innumerable cantidad de meses de ahorro. O dicho más científicamente, significaba para una familia promedio, 14 meses de ahorro.

Y para qué quería una cocina, pensaba él. Si la “choca” que se preparaba, era básicamente papas y arroz. No había mujer, ni bebés en pañales que alimentar. Tenía la impresión de que tener una cocina, era señal y prácticamente lo mismo, que tener una familia. Y no estaba listo todavía para eso. Tenía miedo de ser todo lo mal padre que había sido el suyo, cosa común, cosa lógica. Después de todo, nadie quiere ser todavía peor que sus propios padres. Cada quien quiere llegar más lejos, como si se tratase de una carrera epocal, en la que muy pocos resultan vencedores.

El único vicio que tenía, su único momento de desvío, de no utilizar el tiempo para trabajar exclusivamente, era la bicicleta.

Si podía escapar, si podía romper el circuito casa-trabajo, era para unirse a las carreras que hacían en la avenida, una más ilegal que la otra. Siempre llegaba la policía, como si estuvieran sobre trenes o aviones peligrosísimos que podían matar a cientos de pasajeros.

Nunca entendían por qué eran tan perseguidas las carreras. Si era un vicio sano, decía Pato, a las únicas personas conocidas con las que se encontraba a veces.

Usaba un truco para lustrar su bicicleta, usando aceite de motor y una hoja de árbol. La dejaba reluciente. Tenía una cromada, con el manubrio doblado por las esquinas, como si fueran los cuernos de un animal. Pedaleaba al

ras del viento. Único momento en el que sentía su libertad. Sus pies eran precisos para el pedal, razón por la cual no se había caído nunca. El equilibrio no es cosa fácil de mantener.

II

Un día de Abril de 1972, Patricio salió del trabajo y en vez de dirigirse a su casa, como de costumbre, decidió cambiar el rumbo.

- Buena, compadre Pato, ¿a dónde va pue`? No se va a ir pa`la casa. No me diga que usted es sapo de la empresa. ¡Sapo de la yuta!
- No, ¿cómo se le ocurre oiga?
- Venga entonces pue` hombre, que no se va nadie pa` la casa hoy...
- ¿Pero qué? ¿Sale tomatón?
- ¡¿Qué tomatón, ni qué tomatón?! Venga, que en el camino le explico todo.

Siguió a su compañero, que junto a una gran cantidad de trabajadores y trabajadoras que salían de sus fábricas en el sector, empezaron a caminar por el medio de la avenida.

Pronto, se vio a si mismo, envuelto en un mar de gente. Y se sintió atormentado. No quería "parecer comunista", como decían los periódicos. Ni que terminara en "vandalismo", quemando neumáticos. Estaba asustado. Preocupado.

Miraba a su compañero, tocayo suyo, Emilio Rojas, y dudaba de sus pasos. Pero igualmente le seguía. Se llen-

aba cada vez más de gente. Y su temor crecía y crecía. Pero no hubo neumáticos quemados, ni fuego de ningún tipo. La gente comenzó a arrimarse, a volverse un círculo. Se reúna. Igual que las partículas cuando las agita un sonido.

Cada quien pide la palabra para hablar. Las palabras llevaban un tiempo de estar atoradas en las bocas. Así que brotaban. Bullían. Se hablaba de la locomoción colectiva, y lo caros que eran los pasajes. De los consultorios médicos, que casi no había, o eran derechamente malos. De la falta de viviendas dignas. Un poblador, fue el que más sacó aplausos cuando habló.

- ¿Hasta cuándo po`, compañeros? ¿Hasta cuándo se nos van a llover los techos? ¿Hasta cuándo tendremos que aguantar tanta injusticia? Si ni las micros nos llevan, ni los médicos nos curan.

Se estaba constituyendo, de hecho, una especie de cabildo abierto, al que llegó toda persona que se hallara en descontento. Y de esas había muchas. Caminaban por las calles, con sus pantalones acampanados, buscando las posibilidades de cambio en las esquinas. La oportunidad para las transformaciones. Si pasaba por allí, justo de casualidad, la ocasión para romper los paradigmas, cientos de miles de personas, no la iban a dejar escapar. Así funcionaba. Era más la gente activa, que la gente pasiva. Un problema estadístico. Gustaban de actuar. Igual que actores y actrices que buscan la comedia, ejercer el drama. Buscadores de grietas.

Para Patricio las grietas, solo eran rupturas en su muralla. Nada sabía de transformación social, opresores u oprimidos, o la dinámica de la lucha de clases. Esas eran palabras extrañas, forasteras, traídas de alguna otra parte, seguramente muy, muy lejana. Un asunto muy, muy europeo. Como el perfume, o las panty medias.

Pero ver a la gente reunida en ese cabildo de Abril,

hablando de sus problemas, dándoles el estatus de cosas serias, sacándolas del descrédito de la vida cotidiana, le hizo sentir, por primera vez, realmente vivo.

No tenía ganas de correr a esconderse a su casa, ni de salir huyendo en bicicleta. Ni de hacerse las papas o unos fideos, antes de irse a dormir para siempre. Escuchó hasta la última oración, de la última persona que se quedó para intervenir, mientras el resto se iba dispersando.

Se llegó al acuerdo de volver a juntarse en unos días, para constituirse como organismo, y no dispersarse. ¿"Organismo"? , decía la gente. Como si fueran algo vivo. Se sentía parte de un todo, de algo que había quedado constituido, siendo él una de sus partes. Como si un enorme monstruo de los mares, hiciera crecer su forma, tragando peces. Así Patricio era devorado.

Volvió a su casa con una sensación vibrante. En algún punto del trayecto, perdió el rastro de su compañero Emilio Rojas, tocayo.

Calentó un par de papas en su cocinilla, y pensó en las cocinas Fensa, tan cromadas como su bicicleta, tan brillantes, tan perfectas en sus circuitos y mangueras. Por primera vez, tuvo la sola idea de tener una. Barajó la posibilidad. Una cocina Fensa como el resto de las personas que tienen un hogar, para cocinar más que papas, arroz y fideos. Para sentir que toda su casa se caliente, y que él es alguien, que merece ser alguien, igual que el resto de personas que trabajan en su fábrica, y en todas las demás.

Medio duras las papas, entraron sin miedo a su boca. No necesitó prender otras luces que el único farol de la cocina. Limpió los restos de agua hirviendo que cayeron sin autorización. Barrió y se fue directo a la cama. El día había sido largo, fuera de la rutina. No recordaba la última vez que había hecho alguna otra cosa diferente a volver a casa después de un trabajo.

Revisó las caras de sus colegas, algunos gestos que habían tenido durante el día. El momento en el que Freddy casi se resbala. La cara de Erika, esa compañera a la

que miraba día y noche. De día en la empresa. De noche en sus recuerdos.

Nunca habló con ella. Sintió vergüenza de dirigirle la palabra desde el primer día que la vio, escondida tras el uniforme monótono. Se parecía mucho a una actriz, que no podía recordar cuál era. Con la cara redonda, y las mejillas resaltadas, siempre un poco rojas. Pestañas naturalmente largas. El pelo castaño, recogido en un moño hacia atrás. Y las ojeras por el cansancio del ritmo laboral. No sabía cuál sería su vida, si estaba casada, si tenía novio, si era de tener amigos. No la conocía para nada. Solo sabía que se llamaba Erika, porque había escuchado nombrarla, y que tenía las pestañas más largas del lugar. Tan largas, que pensaba en ellas, cuando ya estaba de vista al techo, entre las frías mantas de su cama. Algún día le iba a hablar, algún día, como en las películas, iba a sacar lo valiente.

III

Erika había trabajado desde los ocho años, doblando las sábanas que lavaba su madre para un hotel en Cerrillos. Era pequeño, circulaba una gran cantidad de gente, que alojaba por horas, a veces menos. Le tocó ver cada mancha.

Su mamá se quejaba, tenía que lavarlas a mano, una por una, refregando con toda la fuerza posible, usando un jabón blanco, duro, que apenas si tiraba algo de espuma y una tabla de madera con rejilla, para poder ejercer fricción. Poco a poco iban quedando blancas nuevamente. Se encargaba de sacarles el amarillo propio del paso del tiempo. Y de dejarlas con una fragancia a nuevo, para que la gente que alojara nuevamente en el hotel, no se

diera cuenta que estaba durmiendo, con mucha más gente. Pilas y pilas de arrendatarios temporales, que pasaban todos los días, revolcándose en las mismas sábanas blancas.

Doblar no era sencillo. Sobre todo las sábanas que van pegadas al colchón, por tener un borde redondo, haciendo difícil y poco práctico su posible pliego. Tardó en aprender a doblarlas primero por la mitad, y luego en dos cuartos, como le enseñó su mamá, para después guardarlas en el closet, con el resto de las sábanas ya limpias.

Durante su juventud, trabajó en varios talleres, intentando emanciparse de su hogar materno. Durmió en colchones ajenos y dobló en esquinas que no conocía, buscando algo que probablemente nunca encontró. Tuvo un novio que después de hacer el amor, le leía a Tolstoi, y así fue como descubrió una pasión.

Lo escuchaba y sentía que podía recorrer esos mismos caminos, con la ayuda de su imaginación. No soltaba palabra. Le pedía a su novio que se lo relejera una y otra vez. Comenzó por “Resurrección” y de pronto estaba sumergida en un juicio. Se hizo tolstoyana, sin formar una colonia, sin hacerse vegetariana, solo por el placer de escucharle formular las frases. Su preferida era aquella que decía:

<<Consideraban que no era aquella mañana de primavera, aquella belleza divina del mundo creado para la felicidad de todos los seres vivientes, belleza que predisponía a la paz, a la unión y al amor, lo que era sagrado e importante; lo importante para ellos era imaginar el mayor número posible de medios para convertirse en amos los unos de los otros.>>

Pronto dejó a su novio, y comenzó a leer ella misma a Tolstoi, cuando salía de sus largas jornadas en el taller. Le dolían los ojos, y cabeceaba, pero seguía repitiendo las frases, una y otra vez, saboreándolas en el paladar, como si comiera pasas de uva.

Una mañana, una amiga llegó de domingo, a visitarla a su casa, y le dijo que en Fensa iban a entrevistar gente para un puesto importante. Tenía que ser parte de la línea de producción, con contrato estable, y posibilidades de acceder a beneficios.

Erika sintió el entusiasmo que dan las grandes oportunidades. Así que decidió asistir a la ronda de entrevistas, usando un vestido de flores bordadas, largo hasta la rodilla.

Cuando llegó se dio cuenta de que había una gran cantidad de mujeres, esperando conquistar el mismo cargo. Pero no se decepcionó. Tenía grandes ideales, grandes y con alas, así que esperaba para sí misma, grandes acontecimientos. Algo adentro suyo, estaba convencida de que ese trabajo, le iba a salir. Y así fue. A los pocos días la llamaron para empezar a trabajar.

No tardó en hacerse amiga de todo mundo. Preguntaba si querían café, al resto de las operarias. Se había hecho muy amiga de otra compañera, Sonia, un poco mayor, a la que tenía bastante respeto. Trataba de convencerla de los placeres de leer a Tolstoi, diciéndole frases como: “¿Hablamos sobre el papel de Tolstoi en la transformación del mono en hombre?”, o “si estás en un lugar estratégico, este libro es para ti”, generando la risa de su compañera, lejos de convencerle.

En la línea de producción, Erika tenía que desmoldar las perillas para las hornallas, usando dos enormes guantes por los que era conocida. Su misión era que quedaran perfectos, sin marcas, sin burbujas, sin nada desprolijo o fuera del sitio. Al principio, tuvo enormes dificultades, debido a lo caliente del plástico, estaba todo el tiempo por quemarse viva. Pero con el paso del tiempo, le agarró las mañas al oficio, y terminó convirtiéndose en la mujer más hábil con los guantes.

No era de hacerse muy cercana a jefes y personal administrativo de la empresa. En general, cada quien se movía con su propio rango, y el que estaba más arriba, miraba con cierto desprecio, a aquel que consideraba es-

taba más abajo. Jerarquías patronales, que casi nunca terminan bien.

Vivía en una casita de colores, cerca de la empresa, donde habitaban decenas de colegas, con su madre, a la que hacía algún tiempo, le había prohibido lavar sábanas. Ahora ella se encargaba del sustento de la casa. Conseguía el sueldo, hacía las compras, traía todo lo necesario, y disfrutaba de la sensación de poder hacerse cargo, de tomar las riendas.

Cuando era muy pequeñita, su madre le preguntó un día, “¿Cuál es tu peor temor, hija?”, y ella dijo: “Perder el liderazgo”. Tenía el temperamento de alguien predestinado a las grandes tareas. Será por eso que quiso inscribirse al sindicato y no le tuvo miedo al despido.

Una vez que se hizo experta en el moldeado de perillas, era difícil que pudieran echarla, porque traer a alguien nuevo, significaba el costo de la pérdida de decenas de litros de plástico vertidos en moldes con burbujas y grietas.

Se le hacía un poco largo la jornada. Cuestión que acortaba con el cigarro del mediodía, riendo con sus compañeras, hablando de cualquier cosa. Siempre había una razón para traer a Tolstoi a colación. En la hora de colación, en el baño, a la salida, o en ese cabildo al que llegó caminando junto con Sonia, y no habló, pero pensó sin dudar, en qué es lo que Tolstoi hubiera hecho.

IV

Junio llegó teñido de huelgas. ¿Cómo es que sucede? ¿Cómo se rompe, intempestivamente, la rutina cotidiana? ¿Cómo se cambia el orden, en un solo día, luego de extensos siglos de contracara? ¿Por qué explota cuando explota, todo aquello que estuvo por tanto tiempo reprimido?

La primera fue en Aluminios “El Mono”. Hecha por obreros y obreras con tendencia al combate. Si fueron quienes salieron primero, deben haber estado un paso adelante, en todas las áreas. Sin miedo. Sin pesos del pasado. Sin pesos en el bolsillo. Enseguida se unió CIC. Era como el canto de un ave que anuncia la tormenta y llama a concentrarse en los árboles. Después le siguió Maestranzas Maipú.

Y para cuando alguien quiso darse cuenta, había una reunión en Perlak, repleta de huelguistas. Carrocerías Franklin. Granja Agrícola Cerrillos. Y hasta los Chiclos Adams, que eran la gente más popular de todas, reparando golosinas a los rostros intervinientes.

Fensa también fue parte de la reunión. Estaba Allí Erika, con otras personas de su sindicato, y Patricio, que fue por separado, con su amigo Emilio. La gente se hacía un círculo. Tendía a la ronda electromagnética.

Se tomó la decisión de concentrarse en el Ministerio de Trabajo, y cuando quisieron entrar, la propia Ministra salió a las escaleras, y golpeó al dirigente sindical de Perlak en la cara, dejando al resto de asistentes boquiabiertos. ¿Qué estaba pasando? ¿No había un gobierno popular? ¿Por qué no se escuchaba a la voz de los trabajadores? Erika se sintió consternada. Había creído entender que una de las demandas principales, era el paso al Área de Propiedad Social, lo que en la práctica significaba la estatización de las empresas, y eso a ella le sonaba a Tolstoy, y todo lo que le sonaba a Tolstoy le gustaba.

Justo tras el golpe de la Ministra, dirigido no solo contra

el dirigente, Erika quedó, lado a lado con Patricio, al que reconoció de inmediato.

- Hola, ¿trabajas en Fensa, cierto? Te he visto.
- Hola, sí, yo también te he estado viendo... O sea, te he visto. No es que te haya estado viendo como un lunático, tú me entiendes...
- Ahh, si, jaja, claro, no, como un lunático no, ¿no?
- No, no, claro. ¿Y cómo estás? ¿Qué te parece todo esto?
- Me parece extraño. No esperaba esta respuesta, pensé que veíamos a una reunión segura.
- Sí, esto se está desbordando... Me preocupa un poco que se salga de control...
- A veces hay que salirse de control, ¡compañero! ¡o sino... ¿hasta cuándo?!
- ¿Hasta cuándo?, claro!... “¿Hasta cuándo?”, ¿qué cosa?
- ¿Hasta cuándo van a seguir sucediendo injusticias? ¿No vio lo que sale la micro? ¿O acaso usted no viaja? ¿Tiene casa usted o arrienda?
- Arriendo yo, arriendo, si, no, no tengo casa. Claro, ¡tremendo! ¡la injusticia, si! ¡y el precio de la micro, una locura! ¡y no hay médicos!
- ¡No hay médicos, exactamente! Por eso estamos...
- Por eso estamos aquí.

Patricio no estaba muy convencido de lo que estaba diciendo, pero se dejaba llevar por la seguridad de las palabras de Erika. Ella parecía tan firme, tan segura, tan dueña de sus ideas. Enseguida empezó a hablarle de Tolstoi, pero él en vez de reírse, como otros compañeros del trabajo, aprovechó para mirar sus gestos, la forma en la que movía las manos cuando quería acentuar un concepto, sus ojos impresionados.

Y es que Erika parecía estar siempre impresionada con algo. Como si el mundo le produjera un tremendo shock, una especie de no entender, mezclado con entender demasiado. El impacto. Tenía un rostro impactado. Una boca impactada. Ojos impactados. Ideas impactadas. A Patricio eso le pareció sorprendente, y de alguna u otra manera, pudo impactarlo también. Volvieron en el mismo recorrido, hacia las casas de colores de Cerrillos, en las que vivían muy cerca, casi a dos cuadras de distancia.

- ¿Te parece que te acompañe hasta la puerta de tu casa? ¿O vamos a volver a eso de parecer lunático?
- Me acompañas a la puerta de mi casa, pero con una sola condición...
- ¿Cuál sería?
- Te llevas un libro.
- Déjame adivinar: ¡De Tolstoi!
- ¿De quién más sino?

Erika no lo hizo pasar. Adentro estaba su mamá, que tenía algunos prejuicios con respecto a los hombres, de su experiencia en hoteles, viendo cómo manchaban las sábanas con diferentes mujeres, como si fueran productos de una carnicería. No le gustaba que Erika saliera con novios, ni le daba permisos, que a su edad, ya no debería tener que pedirle a nadie.

Patricio tampoco esperó entrar. Se quedó aguardando afuera, mirando la luz encendida, hasta que ella le puso en las manos su libro, mirándolo, cándida, con los ojos llenos de conceptos. Le prometió leerlo, aunque él no era un gran lector, apenas si gustaba de las revistas, o algún periódico para los días de noticias especiales.

No había terminado el colegio por la misma razón, le parecía inútil tratar de enderezar esas letras, que veía a la distancia, como pequeños monstruos en miniatura.

Pero estaba seguro de que ese libro lo iba a leer, de pies a cabezas, hasta la última gota hecha de letra. Solo para poder comentarlo con ella. Se imaginaba un montón de situaciones, que la iba a encontrar a la hora del almuerzo, que le iba a hacer un comentario tremendamente inteligente, sobre una parte, tremendamente inteligente que lograría recordar de memoria.

Volvió a su casa, se dio una ducha fría y se acostó a la cama, con el libro. Lo empezó a leer: <<*En vano los hombres, amontonados por centenares y miles sobre una estrecha extensión, procuraban mutilar la tierra sobre la cual se apretujaban, en vano la cubrían de piedras a fin de que nada pudiese germinar en ella, en vano arrancaban todas las brizas de hierba y ensuciaban el aire con el carbón y el petróleo, en vano cortaban los árboles y ponían en fuga a los animales y a los pájaros; la primavera era la primavera.*>>

V

En medio del intenso proceso huelguístico, el gobierno rechazó la requisición de Fensa. Y también de otras tantas empresas de importancia. No lo podían creer. Parecía una contradicción. No se entendía. ¿Cómo un gobierno llamado popular, iba a negarles una demanda tan necesaria y tan sentida?

Llegado Octubre, los patronos se amotinaron y protagonizaron el paro empresarial más nocivo de la historia. Fue entonces cuando sucedió. Cada fábrica, de cada cordón industrial del país, fue tomada y puesta a producir, sin aquellos que se hacían llamar, sus dueños.

El mundo ya había visto este fenómeno con los consejos obreros de Rusia, pero la emergencia del Stalinismo, borró esta conquista ante los ojos de la población. Ahora, una vez más, frente a sus retinas: el poder obrero.

Erika se acostumbró enseguida al nuevo ritmo. Sintió como si hubieran quitado la tapa de su vida. Quitado la tapa de la fábrica. Quitado la tapa de sus posibilidades de avanzar. Ahora, se abría el camino. Podía convertirse en una mujer que se parara frente al resto e hiciera unos brillantes discursos llenos de aplausos. O podía convertirse en una gran pintora, que llenara de murales la ciudad, llamando a construir un futuro nuevo. Podía escribir, proclamas, panfletos, libros. O leer a Tolstoi, sin ser despedida, sin tener que camuflar su tapa, tras la portada de la Biblia. Ahora, podría crecer. Y como Erika, miles.

Tuvo la idea de hacer un molde para las perillas, mucho más práctico, más limpio, que iba a evitar desperdiciar material, y también lo hacía menos peligroso. Cuando mostró su nuevo prototipo de molde en asamblea, usaba sus guantes enormes, que agitaba entusiasmada con perillas en las manos, como si estuviera hablando de Tolstoi. La escucharon y hubo una votación, a mano alzada, para que ella pudiera aplicar su nueva técnica.

El resultado fue el mejoramiento significativo del proceso de producción, en su conjunto, porque pronto otros compañeros y compañeras de otras áreas, empezaron a diseñar también mejoras, que solo ve, entiende y sabe, quien trabaja la máquina.

Los jefes, los ingenieros, los dueños de las fábricas, miran los procesos productivos desde afuera, pero solo quien trabaja esas máquinas, puede desarrollar en su cabeza, ideas significativas, para efectivizar y garantizar seguridad. ¿Qué le importa al patrón que los procesos sean seguros? ¡Nada!

Las bandas transportadoras comenzaron a andar mucho más rápido. Fabrilana por ejemplo, aumentó su productividad en un 800 por ciento. ¡Ochocientos por ciento! Una cosa insólita. Que solo puede suceder si se quita la tapa. La cantidad de accidentes y muertes en el trabajo, disminuyó notoriamente. Ir al trabajo, ya no era sinónimo de ir a la tumba.

Durante la hora de almuerzo, Erika y Patricio se encon-

traban, invariablemente, en el patio de la fábrica. Él tenía una enorme admiración por ella. En algún momento, comenzó a sentir que la seguía, emocional e intelectualmente. Que era ella quien dirigía sus destinos, y no él, como acostumbran a obligar a creer.

El varón, dueño de la tierra, las fábricas, las minas, pasa a ser también el propietario de la mujer y las crías. El dueño de todo lo que pueden ver los ojos, y lo que no, también. Pero eso no era lo que estaba pasando allí. Las posibilidades de lo opuesto, lo inverso, lo invertido, lo dado vuelta, habían sido liberadas. Patas para arriba. Ella podía gobernar, justamente, sin *“perder el liderazgo”*. No tenía una sola pizca de autoritarismo, ni maltrato. Erika era de una paciencia infinita, excelente explicando, pedagógica y didáctica, en fin, tenía una serie de cualidades que se necesitaban para el mañana.

Surgió el amor, como surge siempre, inmiscuido tanto en los grandes asuntos, como en las pequeñas cosas. Hizo que sus miradas se acolchonaran y sus sonrisas, tuvieran zancos. La felicidad tenía un lugar, y les estaba esperando.

Una tarde, después del trabajo, fueron a ver a Víctor Jara, que tocaba las canciones más bellas, profundas y populares, de todo el perímetro. Ella se fumó un cigarro justo cuando Víctor cantaba: *“Voy a hacerme un cigarrillo, acaso tengo tabaco, sino tengo ¿de dónde saco?”*, y tarareaba la letra, mientras el humo le escapaba por los dientes. Y Patricio la miraba. La miraba más de lo que debería, para no parecer un lunático. Pero la miraba igual, como si sus gestos fueran una materia de estudio.

Ella largó una enorme bocanada de humo, apagó el cigarro contra el suelo, y después lo besó. Mientras Víctor decía: *“Ay, ay, ay, ¿me querís? Ay ay ay”*.

Interrumpieron el beso, las sirenas, de todo Cerrillos, que comenzaron a sonar. Algo estaba pasando. La gente volvió a sus puestos de trabajo, para defenderlos a como diera lugar. Y las noticias de la radio, anunciaron que había una intentona de golpe en la Moneda. Tanques,

avanzaban por la capital, con milicos disparando a periodistas, gente del pueblo, o cualquiera que se cruzara por la vereda.

Se hizo una reunión urgente en Fensa, a la que asistieron hasta los gatos que venían a maullar a la puerta, y el que más aplausos sacó, fue Emilio Rojas, cuando dijo:

<<A los patrones les salió el tiro por la culata, porque ellos querían dar un golpe para hundir al pueblo y botar de una vez al gobierno... pero lo único que consiguieron fue que los trabajadores ganáramos en fuerza, en conciencia y nos organizáramos mejor porque ya sabemos hasta dónde pueden llegar nuestros enemigos.>>

La intentona fue disuelta. Pero la amenaza era inminente. De no darse el siguiente paso hacia adelante, la boca caería tirando hacia atrás, todo el proceso.

Patricio había logrado alcanzar, el lugar más feliz de su vida. Y no quería entregárselo a nadie. Por primera vez, sentía que pertenecía, que era parte de algo, que estaba siendo aceptado. No había nadie abandonándolo como su padre, ni había otros niños molestándolo o haciéndole burla por sus características físicas. Por primera vez, no le tenía miedo a los domingos.

El lunes no era un monstruo de la angustia que le amenazaba. Y la noche no caía, solo para generarle tristeza a los humanos desiertos. Le pareció creer que, en algún momento de aquellos tiempos, vivió su último domingo. Su último domingo de dolor.

VI

Emilio Rojas era el dueño y único poseedor de un bigote que le tapaba la mitad del rostro, razón por la cual sus compañeros y amistades, le llamaban “el barbas”.

Le gustaba el apodo, ya que había sido durante muchos años, un portuario de oficio y profesión, moviendo los ganchos para transportar containers, con sumo cuidado. Un solo error, y cualquiera a su lado podría caer muerto, ante la ferocidad del gancho mortal de acero inoxidable. Ni las gaviotas se salvaban de aquel peligro.

En ocasiones también se embarcaba a la pesca. Mar adentro Emilio conseguía siempre orientarse, y por una especie de instinto, saber exactamente dónde estaban los cardúmenes de peces. Tenía un talento natural, un olfato admirable. Carecía, sin embargo, de buen gusto y el tinte refinado. Eso, no era para él. Los modales y el acompañamiento respetuoso, eran cuestiones que ni admiraba, ni idolatraba, ni invitaba a comer a su mesa. Todo lo que salía de su boca, se dejaba salir, libremente. Todo lo que salía del resto de las partes de su cuerpo, también. Había tenido por ello, varios –más bien muchos-, problemas con las mujeres. Ninguna lo aguantaba más de tres meses. Era el tiempo obligado. Después de los tres meses, todas se iba. Huían despavoridas. Se quejaban de los malos olores. De los malos modales. De desigualdades de diversos tipos.

Pero Emilio era una buena persona. No encontró trabajo durante meses, cuando decidió abandonar el puerto. Buscó y buscó, sin encontrarlo, por ciudades llenas de carteles, en los que nadie pedía un experto en hallar cardúmenes.

El único que lo ayudó, fue Patricio, un amigo que conoció cuando las cosas se pusieron difíciles, cuando se fueron todos. Solo él estuvo. Le consiguió un empleo, y prácticamente lo vistió para que fuera a su entrevista formal. No

es que Emilio no pudiera hacerlo solo, es que necesitaba un empujón, la ayuda de alguien. ¿A quién no le ha pasado? Necesitar de otra persona. Es parte de la condición humana.

El trabajo era algo distinguido, materia de otro pozo, ciento por ciento la creme de la creme de la clase obrera. Trabajar en Fensa. No cualquiera. Entró sintiendo que era el hombre más dichoso del mundo. Y se sintió agradecido con Patricio para toda la vida. Pero en ningún caso se volvió un ser apatronado, que cuidara su trabajo a regañadientes, más bien al contrario, aprovechó cada oportunidad que pudo para hacerse combativo. Ese nunca fue un problema. Recibía el aplauso y el apoyo. Era una época que requería, grandes personalidades, para grandes tarea. Y Emilio tenía ese tipo de nombre, que te da la obligación moral de hacer algo importante.

Durante la ocupación de la fábrica se mostró siempre dispuesto. Fue el primero en ponerse a tapear las ventanas cuando hubo que hacerlo, y en subirse a los muros para hacer el turno de vigilancia. Muchas veces preparó comida para el turno, en uno de esos fondos, que inevitablemente se pegan abajo. Fideos. Vienesas. Tallarines. ¡Cuántas tallarinatas organizó, cocinó y se hizo parte! Jugando al carioca al terminar, para amenizar la tarde.

Ese no fue el único favor que le hizo. También lo ayudó con varios asuntos, que requerían urgencia indispensable. Neumáticos pinchados. Dineros prestados. Hombros para llorar. Patricio siempre estaba. Se querían mucho. Era lo que socialmente se conoce como una verdadera amistad.

Varias noches salieron Erika, Patricio y Emilio, a tomarse unas cervezas a cualquier esquina de la avenida, olvidando los envases y los deseos de llorar. La vida se presentaba como un hecho feliz. Seguramente la mayor de las fortunas. No todas las épocas brindan esa oportunidad.

- Emilio: ¿Ustedes cómo creen que va a avanzar la cosa?
- Erika: ¡¿A qué cosa se refiere compañero?!
- Emilio: Ya po... Me refiero a... las cosas... todo esto... la cuestión de la fábrica, ¿ustedes creen que volverán...?
- Erika: ¿Volverán quién... los antiguos dueños?
- Patricio: ¡Esos weones, ya no son los dueños ni de aquí ni de nada! Se fueron no más, ya está, chau, chaucito. Andan en Europa, pateando la perra, ya po, a no volver no más po.
- Erika: Y si quieren volver, habrá que darles cara...
- Emilio: Darles cara, sí, eso también pienso, pero me preocupa un poco que se esté tomando a la ligera todo esto, digamos, eh... el peso que tienen los milicos, lo fuertes que son, que están más organizados que la cresta, mucho que mejor que...
- Erika: Mejor que nada po, compañero, mejor que nada, sí, ellos tienen la fuerza, tienen las armas, tienen el poder, pero hay algo que acaban de perder...
- Emilia: ¿Y qué sería po compañera?
- Erika: El dominio sobre las fuerzas productivas...
- Patricio: ¿Eso es de Tolstoi... esa frase, digo?
- Erika: No po, esa frase es mía, no más, la estoy diciendo ahora, y qué tanto...
- Patricio: El dominio de las fuerzas productivas... Chaaaa, la voladita.
- Erika: ¿Pero estai de acuerdo o no?
- Patricio: Claro que estoy de acuerdo...
- Emilio: Me sigue preocupando, soberanamente, el elemento de no menospreciar la fuerza del enemigo...

- Patricio: Tampoco ponerse pesimista...
- Emilio: No, no, si no es cuestión de ponerse pesimista, si aquí el problema es otro po compañero, aquí el problema es que si los momios se deciden y dan el zarpazo, no va a haber vuelta que darle...
- Erika: Y por eso es que hay que dar el zarpazo primero, precisamente para que eso no suceda...
- Patricio: ¿Tolstoi?
- Erika: Ya po weono, me voy a enojarme. Me siento menospreciada. ¿Tu creés que yo no puedo opinar, que no puedo hablar así, pensar así, decir fuerzas productivas y toda la volada?
- Patricio: Por supuesto que sí, perdona, no quise que se fuera para ese lado, me desubiqué.

VII

Las amenazas no tardaron en volverse una realidad. El martes 11 de Septiembre de 1973, alrededor de las once de la mañana, los tanques rodearon La Moneda.

En las fábricas, el escenario se repite. Hileras interminables de tanquetas, apostadas, dejan caer a sus soldados, con fusiles en las manos, que entran, sacando a las personas como si fueran pilas de huesos, y las fusilan en el acto, haciendo una peatonal de cadáveres en cada esquina.

La sangre corre por los cordones. El ruido de las botas militares, sobrepasa al de las sirenas que anuncian el peligro. Están aquí. Ellos son.

Patricio y Emilio son los primeros en salir desde Fensa, intentando defender la fábrica. Emilio cae en el acto, y de Patricio se pierde la huella. El humo de los disparos, los gritos, el movimiento inhumano de los que gatillan, se impone sobre el resto de fuerzas. Erika sale por un corredor,

que le permite pasar a una cuadra aledaña, y escapa, tan rápida como una bengala. Cruza por caminos cortados, aprovecha su invisibilidad, no sonríe, no llora, no grita, ni calla, se hace movimiento puro, traspasando los muros de la ciudad. Llega tan lejos como puede.

Tenía una amiga, que tenía una amiga, que tenía otra amiga, que la ayuda a guardarse, a esconderse, a ponerse a salvo. Pasa unos días agachada bajo las sillas de un comedor extraño, sin una sola luz prendida, ante la presencia de un vaso de agua. Todo lo que se escuchaba afuera eran los ruidos de las tinieblas, apoderándose de los barrios.

Se preguntaba por Patricio, si habría logrado salir y se sentía culpable, tan culpable, por no haberse quedado a buscarlo. Se sintió tan culpable, que cuando ya no pudo más, se levantó y salió a buscarle. Volvió a Fensa y las puertas estaban cerradas. Las marcas de la muerte se anunciaban en todas partes. En las paredes, en el suelo. Caminó como sin rumbo durante varias cuadras, sintiendo el rayo de sol de Septiembre. Las esquinas estaban infestadas de una plaga verde. Pero se hizo invisible. Entró en los Hospitales, preguntando por Patricio Rojas, aterrorizada de que alguien pudiera reconocerle. Llegó hasta la Morgue, preguntando por Patricio Rojas, con el máximo temor entre los labios, con la horrible posibilidad y tragedia de encontrarle allí.

Por muchas vueltas que daban sus pasos, nadie conocía a ningún Patricio Rojas. Preguntó en la cuadra, de casitas de colores, a las vecinas, a los vecinos, y solo se ganó las miradas desde atrás de la cortina, sospechas y suspicacias. Cada día se convirtió en un hecho peligroso. Y continuó buscando. ¿Dónde podría estar? ¿Dónde pudieron haberlo llevado?

Empezó a escuchar todo tipo de rumores. Gente que decía que estaban tirando a los dirigentes sindicales, estudiantiles y poblacionales, directamente al mar, para que se los comiera la salina. Gente que decía que había casas de tortura, donde se aplicaban verdaderas pesadil-

las, hasta asesinar de dolor. Gente que decía que había fosas comunes, en donde sin nombre, se tiraba a las personas, como si no fueran nada, como si no valieran nada. Gente que tenía razón.

Erika comenzó a entrar al mundo de las tinieblas. Se sentía tan culpable que se hizo pasar por la tía, de una tía, de una tía, para entrar a un lugar tremendamente extraño, donde habían almacenado pilas de cadáveres.

Cuando quiso darse cuenta, estaba revolviendo cuerpos descuartizados, llenos de marcas productos de las torturas. Buscando a Patricio, pasaron por sus manos, cientos de trabajadores muertos, mujeres, disidencias, estudiantes.

Había una niña, en uniforme escolar. Y un obrero de la construcción, vestido con su uniforme naranja. Había gente de oficina y gente de fábrica. La mayoría muy joven, muy joven, con las pieles sin curtir, recién crecidas.

El shock se apoderaba de Erika, que no podía entender la escena que estaba presenciando. Seguía buscando, horrorizada, intentando bloquear sus emociones, como hipnotizada por la idea de encontrarlo. Lo que menos quería era hacerlo, en esa pila de cadáveres.

Una enfermera con un rostro siniestro, la acompañó hasta una habitación, en la que tenían a "los especiales". Le dijo que eran hombres de mediana edad, que estaban allí porque se habían resistido, así que habían sufrido el doble de torturas. Tenía un labial rojo brillante que se le salía de la comisura de los labios, y se había pintado los dientes, produciendo una sensación desagradable. Le contaba todo porque pensaba que era la tía, de la tía, de la tía, de alguien importante, de alguien que estaba ahí metido.

Entró a la habitación y empezó a girar personas, cuyos rostros impresionaban. Y allí, entre la multitud de muerte, vio a Patricio.

Tenía la cara desfigurada en su lado izquierdo. Le habían sacado un ojo, y en su lugar, solo había sangre y hematomas. Estaba, toda la mitad de su cara, completamente

morada. Pudo ver en ella, cada instante de tortura que había sufrido.

Y en ese mismo instante, de mirarle Erika, producto del impacto, el lado izquierdo de su propio rostro, aún vivo, se paralizó de inmediato. Una parálisis total, irreversible. Que atacó exactamente el mismo lado del rostro de Patricio, y se convirtió, por acto de la solidaridad psíquica, en el impacto de ver a su amor.

El lado izquierdo de su cara, se marchitó sin el agua del futuro, asomando tras todas las puertas y todas las ventanas. El lado izquierdo de su cara, se quedó, roto, entumecido, ante la presencia nefasta del horror, sin poder comprender hasta qué punto es capaz de llegar la miseria humana.

Su rostro, reflejó la derrota. Una derrota, que no quita, sin embargo, el recuerdo de aquellos días sin angustias, ni dolores. Que no quita el sonido intenso, acariciante y profundo, del mundo, cuando se levantó la tapa. Un mundo capaz de saltar, de nuevo, a las arenas infinitas de la necesidad histórica, tras las huellas fervorosas de tiempos, sin tristezas de domingo.

Dana Hart